

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 28 DE FEBRERO DE 1841.

DE LAS

Comunidades en Mallorca.

1521 - 1522.

ARTÍCULO 4º

El cap de la cintura
Qui té mur, y s'esposa,
Será cuantre la brosa

Y traidoria.

La grau Cavalleria
Allá será estojada,

Y la gent més hohrada

Per merevella.

Profecia de Bernardo de Mogoda.

Al estremo septentrional de la isla, en el fondo de una bahía circular, inferior en anchura mas no en belleza á la de Palma, cuyos brazos se entrecruzan dejándole la apariencia de un lago, y cuya costa forman alternativamente rojizos y escarpados montes, y pardas llanuras que apenas se levantan sobre las olas, se encuentra la antigua Alcúdia que lleva aun el nombre de ciudad y apenas es villa actualmente. Pocos cielos hay rivales en luz y serenidad del que dora su doble muro escondido bajo la yerba, que pronto va á demolerse como las últimas insignias de grandeza que arroja un príncipe decaído cual irrisión de su miseria: y cualquiera que haga el giro de sus destrozados reducidos y baluartes que sin conservar rastro de la idea del arquitecto, se estrechan, ensanchan, y empinan, como al acaso, pendientes sobre

los cegados fosos; y ve desde ellos el mar cortando á trechos en el horizonte la cordillera que la ciñe, ó penetrando de mas cerca en varios golfos y ensenadas, interpolarse entre los cultivados campos, á modo de sementeras, y reflejar su plateado azul sobre el verde oscuro de aquellas fértiles penínsulas, creeria que las delicias de la naturaleza y del desierto, de la vida y de la destruccion se han hermanado en aquel sitio. Al observar la soledad y abatimiento de tal ciudad diríase que los muertos han concedido en ella á los vivientes el asilo que estos conceden á los primeros en las demas ciudades; y no puede menos de preguntarse cómo no cercan sino ruinas aquellos muros que son ruinas tambien, y cuyo recinto viene tan ancho á la poblacion, como una fúnebre armadura á un cadáver que vá consumiéndose y disminuyendo, mientras ella se mantiene intacta si bien deslustrada. No se crea que el cañon haya desmenuzado sus piedras, que haya desaparecido su poblacion en un dia de horrores, ó convertídola en yermo el ardiente soplo de la peste; no ha tenido mas enemigos que la decrepitud y el abandono contra sus edificios, y el mefítico vapor de una pantanosa laguna contra sus habitantes: sus ruinas carecen de grandeza, y su cadáver aun de la hermosura de la muerte, porque ha muerto de consuncion. Sin embargo no es aquel polvo tan estéril de gloria y de recuerdos que el curioso pueda hollarlo indiferente, ni tan oscuros aquellos blasones medio borrados para no descifrarlos con

solicitud. Los muros, que Alcudia siendo villa todavía debió á su antigüedad y opulencia, á su importante situacion, y á su proximidad al mar muy peligrosa entónces por los desembarcos y correrías de los moros, fueron el escollo en que se estrelló durante un año la furia popular, los únicos que tremolaron el pendon del honor destrozado en todas partes, los únicos en que reflejó sus resplandores el sol de la lealtad próximo á extinguirse en su ocaso, los únicos en fin que mientras los pueblos y la capital misma adulteraban con la revolucion, conservaron ileso su decoro y virginidad. Generosa en acoger en su proscripcion á los nobles contra quienes habia entre todas desencadenado su furor en 1450, heroica hasta sacrificar las vidas y haciendas de sus moradores por intereses políticos que no eran ciertamente los suyos, intrépida en mantener su resolucion sin ausilios en la isla y sin esperanzas en lo exterior, el sitio de Alcudia es el único episodio que nos consuela en esta historia de sediciones y asesinatos, mientras el cañon de la batalla, y el noble estrépito de las armas ahogan los alaridos de las víctimas y los gritos del populacho.

A principios de noviembre de 1521, aquellos campos que el invierno en su entrada empezaba á aterir, se llenaron de multitud de hombres de armas que ascendian á 6000, con algunos caballos y seis cañones; Alcudia habia reusado su firma á la estincion de imposiciones y demas actos de los conservadores, habia echado un guante á la revolucion. Volaron contra ella los comuneros menos provocados por tan atrevida negativa, que atraidos por su encanto á los caballeros guarecidos allí sin número, y por el olor de la presa, de la cual parte se habia puesto en salvo al primer rumor de los tumultos, parte habia escapado ensangrentada de sus mismas garras. La jornada de Bellver haciendo conocer á los plebeyos el poder de la muchedumbre, y á los nobles las ventajas del valor, á unos las delicias del triunfo, como á los otros la gloria de la resistencia, habia en entrambos inflamado la fiereza y el espíritu belicoso; y las dos clases transformadas

en dos gigantescos combatientes se hallaban frente á frente, y median con los ojos el espacio que los dividia, cuando aparecieron en medio de él algunos hombres magnánimos con el olivo de la paz. Pedro Juan Albertí uno de los que en aquella época llevaron el nombre y no mas de gobernador, Antonio Verí y Guillermo Desmas caballeros, y los canónigos Gual y Salom, hombres cuyo prestigio habia sin duda sobrevivido á los desórdenes y mudanzas, juntos con 16 diputados de Lluchmayor que generosamente habian acudido del otro extremo de la isla para procurar la conciliacion, obtuvieron por fin de los de Alcudia la aceptacion de los actos de los comuneros, y de estos la indemnidad y seguro regreso de los caballeros, sacrificando de este modo unos sus odios y los otros sus principios. Aquella paz que estaba en el papel pero no en los corazones, debia por fuerza ser efímera y fugitiva, como los rayos del sol que brillan por intervalos en una atmósfera cargada de nubes, cuyo furor debe estallar y verterse sobre la tierra, ántes de que el cielo se restituya á su pureza y serenidad.

Alejáronse los sitiadores á media legua segun lo convenido y se dispersaron por el campo, abriéndose de par en par las puertas de Alcudia, y desfilaron por ellas los caballeros ó mas animosos ó más confiados. Iban delante los magistrados D. Juan Andreu y D. Pedro Juan Forteza, que se habia guarecido ántes en la villa disfrazado de fraile no creyéndose seguro en su asilo de Valldemosa, y sobre cuya familia se vengaron los plebeyos con la barbarie que referimos. Inflamada á su presencia ora la furia del vulgo privilegiada contra ellos, ora la venganza de algun malhechor contra sus antiguos jueces, embisten los sediciosos, vuelven grupa los caballeros, y amparándose otra vez en los muros protectores, atráncanse las puertas y se declara el sitio; el contrato roto por la perfidia no podia ya volver á soldarse. Rechazóse con indignacion la propuesta de los comuneros para que se les entregasen las personas de los nobles, y cuando pidieron al ménos la de Forteza, respondiéseles con el sarcasmo

de que un solo caballero no hartaría su apetito de sangre, y no haría mas que despertarlo para exigir otros y otros de cuya presa desde tanto tiempo andaban hambrientos. Cercaron entonces la plaza muy á lo largo bloqueándola únicamente; aprestáronse máquinas de guerra. levantáronse baterías. De este modo los de la capital pagaban á los de Alcudia su visita de 1450 y el asedio que les hicieron sufrir: y lo que es mas extraño la causa de los sitiadores en ambos casos habia sido la misma, iguales los objetos de odio, iguales los gritos de venganza: solo el teatro habia cambiado.

Dos gloriosas salidas, en la segunda de las cuales mandada por Bartolomé Rosiñol se destruyó la batería, y se tomaron tres cañones á los comuneros, con muerte de mas de ciento, llevaron al colmo el ardimiento de los sitiadores. Al ver aquellos escuadrones tan imprevisores, tan débiles, tan sin orden huir como rebaños delante de un puñado de enemigos, diríase que no son aquel mismo pueblo que hemos visto compacto, osado y terrible por las calles de la capital; pero tal es la condicion del vulgo que escala intrépido un palacio, y se detiene delante un humilde reducto, se arroja á las bayonetas en las plazas, y huye en el campo ante un guerrero; cobarde con la espada, valiente con el baston ó con el hacha; no puede sacársele de su elemento para combatir. Poco acostumbrada á las armas á falta de discordias civiles; mandada por artesanos salidos por primera vez de sus tiendas para trocar por el acero la vara ó la lanzadera que no pueden ménos de recordar al grueso Pavellon que nos pinta Walter Scott en su *Quintin Durward* sofocándose dentro de su armadura, ó al honrado Bertran del *Arte de Conspirar*; faltos de hombres de genio y emprendedores, como Peris y Sorolla que en aquella época se distinguian en militares hazañas al frente de los agermanados de Valencia; entregada á la indisciplina y anarquía por su misma índole y principios; satisfecha de venganzas y despojos, y mas ansiosa de gozarlos que de esponerse á perderlos de un golpe ¿qué podía aquella gente ante los

que habian ya combatido en Africa y en Italia, ante aquellos caballeros cuya fiera mirada recordándole el tiempo en que no les hablaba sino con la cabeza descubierta, la volvía al instinto de la sumision; que tantos agravios y tan crueles dolores tenian que vindicar; y unian los recuerdos de tantas glorias y el orgullo de tanto poder á la defensa desesperada del que todo lo ha perdido? Así que las líneas de circunvalacion estaban por construir, los pasos sin atajar, la comunicacion con Menorca apenas interceptada por una galeota: cada día el enemigo saliendo como un buitre de su guarida hacia nuevas sorpresas, cada día se abrían las puertas á nuevos refugiados que llegaban así por tierra como por mar.

A mediados de diciembre vino de Menorca Pedro Pax hijo del bizarro castellano de Bellver, elegido por capitán de aquella defensa, que debia llevar á cabo con mas fortuna que su padre la del castillo; é informado por los desertores de los intentos de los sediciosos y del terrible asalto que preparaban, resolvió anticipárseles, y señalar con una brillante victoria su llegada. Era el 26 de diciembre: y esperaba que la mayor parte de los sitiadores se habria retirado á sus casas á celebrar las fiestas de Navidad: cuando saliendo con su columna de mil ochenta hombres encontró á los enemigos que habian acudido ya en duplicado número y con sesenta caballos. La lucha esta vez fué prolongada, y menos parecida á una salida que á una batalla campal, y en ella se decidió la salvacion de Alcudia con la considerable pérdida y despojos de los sitiadores, y el incendio de las máquinas que la amenazaban; y su fama al paso que hirió de terror á los comuneros dispersando casi enteramente su campo, penetró hasta el asilo de muchos proscritos fugitivos, que pudieron ya sin esterbo arrojarse dentro de sus murallas. Esta derrota, y la refriega que 25 hombres sostuvieron victoriosamente contra 500 sediciosos, ocasionaron en los ánimos de estos tal postracion, que asomó otra vez la esperanza de la paz, y los hombres conciliadores creyeron llegada la hora oportuna para sus

malogrados intentos. Trasládaronse al lugar del sitio abandonado desde dos meses, el Ilmo. fray Pedro Pont ya citado, el caballero Juan Odon de Salas, y algunos otros así ciudadanos como foráneos; pero aumentadas de una parte la desconfianza, y de otra las pretensiones del vulgo que pasado el riesgo otra vez se desencadenaban, enconados los ánimos con la discusión de los pactos, á la primera desavenencia sobre los gastos de la guerra se apeló de nuevo á las armas para decidir aquella lucha que necesitaba un mediador armado con la espada mas bien que con el oliyo, y mas poderoso que los dos combatientes.

Despertando los plebeyos con tantas derrotas de la embriaguez de sus triunfos y venganzas, é insultada su cólera con las pérdidas de los suyos y la intrepidez de sus enemigos; apenas un cielo mas templado les permitió por el marzo renovar un sitio cuyos desastres atribuian en parte á los rigores del invierno, levantaron gente de todos los pueblos y de la capital para aniquilar aquellos muros obstáculo de su marcha y monumento de su deshonor, saqueando de paso las heredades y alquerías de los proscritos, y llevando delante desnudos y maniatados en medio de feroz algazara á cuantos de sus dueños pudieron alcanzar. No se desmintió con este espectáculo la constancia de los sitiados; el que debía vengar crueles muertes, y el que tenia preciosas vidas que conservar, disparaban con igual intrepidez; cada cual renovaba en aquellas almenas el heroismo de Guzman el Bueno arrojando en cada uno de sus tiros otras tantas armas que debian herir de reflio á sus hijos, madres ó hermanos, que espiraban á lo léjos en la ciudad ó en su retiro con los mas fieros suplicios. La tala de las viñas y el incendio de las cosechas fueron el preludio del segundo sitio; pero una victoriosa salida en que los sitiados persiguieron á los comuneros hasta cerca de Pollensa, y el desembarco de algun socorro que trajo de Menorca el gobernador de aquella isla Fadrique de San Clemente, con los dos hermanos Francisco y Juan Burgués, pudieron hacer augurar que no sería esta vez menos glorioso para los que lo sufrían.

Pasaron sin embargo los floridos meses de la primavera tan favorables á las armas, como su sol á la naturaleza, pasaron los ardores del verano; y las dos huestes se mantenian en la inacción observándose recíprocamente, avara una de la vida de sus pocos campeones, y temerosa otra del desesperado valor del enemigo; espiano entrambas si el hambre rendiria primero á los sitiados, ó el cansancio á los sitiadores. A primeros de agosto desembarcó en Alcudia el regente D. Francisco Ubaque que en ausencia del Virey debia gobernar por S. M. cuyas cartas hizo circular á las autoridades de los pueblos, si alguna habia que no lo fuese ya por gracia de la revolucion, pero esta vez no se contentaron los comuneros con negar la autenticidad de ellas, sino que degollaron á los mensajeros que ocultamente las difundian. Temiendo con todo que los leales acudieran al llamamiento, con el fin de cortar los pasos situaron su campo en la Puebla, dentro del cual los sitiados iban á buscarlos en sus salidas, hasta que atrayéndolos una vez en su persecucion hácia la plaza y sostenidos por una columna, los envolvieron y acuchillaron, sembrando de mas de 400 cadáveres los caminos. La desesperacion y la sed de venganza parecian con esta derrota haber pasado de la poblacion á sus sitiadores; acercáronse en número de 5000 hombres y 200 caballos, batiéronse los muros con violencia hasta abrirles brecha por dos lados, levantáronse máquinas mas terribles que las primeras, y á pesar del incendio de las trincheras y de los esfuerzos de los de adentro, renovábase siempre los enemigos, como olas que no se cansan, aunque desechas, de batir contra un peñasco seguros de minarle con su lenta y continua accion. A la madrugada del 3 de setiembre arriáronse ya las escaleras á los muros, peleóse sangrientamente por dos veces en la brecha, los sediciosos asomaron su terrible rostro hasta dentro de la poblacion cuyo esterminio juraran; y si bien Alcudia salió vencedora de esta prueba, veia desde sus ruinosas almenas hormiguar por los campos sus enemigos, empujándose como para arrastrarla á las olas, y

por otra parte desierto el azulado mar, sin uno de los bajeles salvadores desde largo tiempo prometidos y esperados, que enarbolase en sus mástiles el mismo pendon que tremolaba en los muros, y que respondiese á su grito de agonía con un grito de salvacion.

ARIDEZ.

Et timilis morti pectora torpor habet.

Ovidio.

Este campo erial es triste
Sin verdor en su maleza;
Ya ni yerba le reviste,
¿Y buskais en su aspereza
Todavía alguna flor?

Este campo desolado
Es mi corazon enfermo,
Mi corazon desangrado
Que se ha vuelto como yermo
Que talára estuvo ardor.

Oh! sin duda eran amargas
Las lágrimas que vertia
En dias y noches largas,
Pues su riego al alma mia
Pudo infecunda tornar.

Ya la mente no concibe;
Y ántes que brote en su seno
Muere el germen que recibe,
Cual semilla es un terreno
Que el agua regó del mar.

¿Dónde está la lira mia
Que los pesares aquietta?
El himno de la agonía
No desconsuela al poeta
Cuando oye su misma voz.

Mas si esta voz desfallece,
Si se hiela el pensamiento,
Si al corazon entorpece

Y le abruma el desaliento,
Esta si que es pena atroz.

Cual ave que herida cae,
Y por el sueño rastrea,
Clavada la flecha trae,
Se desangra y forcejea
Para volar otra vez.

Asi de su vuelo ardiente
Cayó mi alma enflaquecida,
Quebradas sus alas siente
Y del cuerpo al lódo asida
Gime en valde su aridez.

¿Por qué, Dios mio, tan pronto
Apagásteis su destello?
Ya mi vuelo no remonto,
Bajo mi negro cabello
Siento el cráneo envejecer,
Y siento de helada piedra
Mi corazon infecundo,
Espíritu en él no medra,
Y es hoy un gusano inmundo
Lo que un ave fuera ayer.

¿Por qué la noche es tan negra
Y tan macilento el dia?
Natura mi alma no alegra;
Natura está muda y fria,
O mas bien yo sordo estoy;
Que aun el cielo tiene estrellas,
Y la tierra tiene flores,
Y son blandas las querellas,
Y son tiernos los amores,
Pero el que era ya no soy.

Qué triste es el estallido
De una lira que se quiebra!
Qué triste el postrer gemido
Del poeta que celebra
Su prematura vejez!

Quando su última armonía
Del silencio precursora
Resuena en su alma vacía,
Y la aduerme y á deshora
Arrulla su languidez.

Cuando á par del avariento
Que confiaba en su tesoro
Ve con amargo tormento
La postrer moneda de oro
Escapar de su poder.

Entónces el humor frio
Que su lagrimal arroja
Semeja estéril rocío
Cubriendo marchita hoja
Que no hará reverdecer.

Ora si que mis angustias
Bien merecen este nombre;
Ora si que al ver tan mustias
Mis mejillas dirá el hombre:
«Sin alivio es tu dolor.»

El puerto de la esperanza
Ha cegado la tormenta;
Mi mano al laurel no alcanza;
Ya la gloria no me alienta,
Ya no espero en el amor.

Porque el amor y la gloria
Són dos genios que se abrazan,
Cual corona de victoria
En que las flores se enlazan
A los ramos de laurel.
Al sonido de una lira
El amor tal vez despierta;
El aire del que suspira
Abre en el pecho una puerta,
Y otro amor responde en él.

Ah! tan caras ilusiones
Ya para siempre he perdido:
Me niega el cielo sus dones;
Me ha condenado al olvido
En la hora de su furor.

Y si recuerdo que un dia
Me halagaba el entusiasmo,
Agora aquella armonía
Resuena como un sarcasmo,
De mi impotente dolor.

Y el corazon retrocede
Si al porvenir se abalanza,

Que presente cual sucede
A las voces de alabanza
La de estéril compasion,
Y pido á un cielo de bronce
Que mitigue sus enojos,
Y pruebo á llorar... y entónce
Aridos estan mis ojos
Cual lo está mi corazon.

T. A.

UN BAILE EN CUARESMA.

Tengo un amigo adusto, retirado, á quien clasificaria mas bien entre los libros que entre los vivientes, pues como un libro voy á buscarle cuando le necesito, como un libro le dejo cuando me fastidia; y con él nunca me acompaño por las calles, porque seria lo mismo que pasearse con un tomo infolio. Desde la metafísica hasta sus paseos todo lo ha estudiado románticamente y con autores franceses, lo que unido á su exaltada imaginacion, y á su falta de sociedad le da un language grandilocuente, entusiasta, rudo á un tiempo é ininteligible, siempre mas abajo ó mas allá del buen tono. Y para que se vea la desgracia en que está ese mi amigo, ó mas bien antípoda, con la buena sociedad, ni aun su romanticismo es de moda, pues tiene la suerte de unirlo con él mas clásico exterior que darse pueda, y con costumbres que huelen á rancias veinte años ha.

— Buenos dias, me dijo, porque sus conversaciones no tienen mas prólogo que este saludo el único que sabe, lo demas es ya discurso corriente.

— Cómo no hablais de máscaras en vuestro periódico? le pregunté, esforzándome en buscar una relacion entre sus ideas y las mias. Mi amigo es tambien periodista, pero tampoco en esto es de moda.

— Máscaras! qué tienen de comun con la literatura!

— Ya, pero muchos periódicos literarios...

— Deben mostrarse agradecidos con la fecunda mina que les suministra escándalos para las anécdotas, objetos para las poesías de todo un año, con aquel Parnaso en que se han sentido por primera vez inspirados: sus artículos están siempre de carnaval.

— Pues si agradecimiento debe el escritor á su Parnaso, debias mostrarlo mas con esa oscura covachuela en que te encierras para inspirarte, que no tiene de moderno sino la estrechez, y de antiguo mas que el desabrigo y la ventilacion. He aquí vuestro periódico: superficial y breve como nuestro siglo, pesado y magistral como una suma teológica. Nó; pues á fe que este año podias escoger; si prefieres un salon vasto, romántico, entre cuyas góticas columnas oscilen las luces, ahí está la Lonja; si una brillante reunion en que todo sea cómodo, bello y escogido, ahí están los bailes del Casino: ó si quieres por otro estilo ahí están...

— Gracias, pero yo no creo que donde hasta la razon calla, pueda hallar voz la imaginacion, que dentro de aquel aire mortífero pueda respirar un afecto puro, y que nadie se arroje á aquel tumulto sino con el espíritu amedorrado y con el corazón vacío.

— Pero la música, el bullicio, los contrastes...

— Oh! sí: los contrastes entre tanto escandaloso derroche y tan profunda miseria, entre esa hambre de placeres y esa hartura de dolores, entre una danza y un abismo al lado, entre el Vesubio que muge, y Nápoles que duerme á sus pies. Yo no sé; pero nunca como en este año se habian traslucido tan espantosos misterios de disolucion, ni se habia hablado tanto de delitos sin nombre, que hielan la sangre en las venas, y hacen levantar los ojos al cielo como para leer si ha llegado ya al colmo su indignacion.

— Bah! todos sois así, como si los vicios hubiesen nacido gemelos con este siglo. Pues no! pregunta á D. Hermógenes el anticuario, y le oirás de los tiempos de marras cosas de carnaval, cosas que hacen erizar los cabellos.

— Sin duda era mayor entonces el estrépito,

el bullicio mas universal, y la locura y el desenfreno presidian en aquellos dias; pero no era tan temible aquel gentío que corria, se desgañaba, y se golpeaba por las calles, como lo es este silencio que indica la reunion de todos los escesos y pasiones como en un foco comun, como lo es la calma con que se meditan friamente durante el dia los desórdenes de la noche. El carnaval que se asemejaba entonces á un torrente impetuoso, que se purifica con su misma violencia, se ha vuelto ya una corriente sesga y limpia en su exterior, cuyas espesas aguas no permiten entrever el cieno é inmundicia que abrigan en su fondo. No está como ántes el desorden estancado en una semana, á los festines y háquicas reuniones no suceden ya austeras cuaresmas y procesiones de disciplinantes, los placeres sobreviven al carnaval, y en la noble empresa de nivelar las fiéstas y uniformar los dias se han dado en este año dos pasos gigantescos, las óperas cuaresmales y el domingo de piñata.

— Lo sabes ya?... cabalmente venia á invitarte para el último.

— Cómo que estoy ya condicionalmente invitado con tal que *me halle en Palma en aquel dia.*

— Calle! has visto el anuncio en el Diario?

— Sí. ¿Es tuya la redaccion?

— Bien sabes que no me da el naipé por eso de escribir; pero no creo que tengas derecho...

— No lo decia por tanto.

— Además que cualquiera sea su autor, aquel proyecto hace al ménos honor á su corazón. Un baile de máscaras á beneficio de la Inclusa, es tan filosófico, tan *filantrópico*...

— Y tan lógico sobre todo!

— Y es tanto el *interes que tiene de favorecer el establecimiento!* Y aquello de *preocupaciones añejas* sabes por quien lo dice?

— Lo dirá por las máximas del cristianismo que dificilmente se avienen con tales espectáculos en el mismo carnaval; por esa ley de expiacion y sacrificios que todos los cultos han reconocido; por ese *non plus ultra* que llevaba escrito en su frente el miércoles de ceniza, y

que la misma razon debiera pronunciar aun cuando la iglesia no lo proclamase; por este interregno de los desórdenes de un año respetado hasta aquí por un instinto de decoro, en que callaban los clamores de las pasiones, para dejar oír una vez siquiera la voz tierna y augusta de la religion.

— Invasion por invasion, represalias y no mas de lo que egerce la religion que dices, en los tres últimos dias de carnaval. Cierto que cualquier empresario se daria por contento en reunir en el baile la tercer parte de la gente que asistia en la Catedral; y luego tiene uno que tragar los regaños de sus padres amedrentados por el sermón, y no encuentra las visitadas en sus casas, y ve do quiera en sus conocidos unas caras de mision. Pues; no topé la única vez que entré allí, con un amigo que tiene tambien sus puntas de romántico, y todo era levantar la cabeza á las bóvedas como si quisiera lanzarse del suelo, y comparar aquel solemne canto del coro con la bulliciosa orquesta, aquel sencillo y magnífico aparato con la confusa orgía, aquel mar silencioso de gente que oraba, con el mar tumultuoso que hierve dentro la Lonja, y qué se yo que mas! Fortuna que le aconsejé que hiciera de ello una poesía, y á la noche me le encontré ya retozando en el baile. Hay mas que seguir cada uno su camino sin embarazarse, y abrir tienda libremente para disputarse los parroquianos?

— Eso si, ¿por qué la verdad pretenderia mas que la mentira, la virtud mas que el vicio, la religion mas que la impiedad? No es bastante tolerarla?

— No hablo de eso, pero no parece sino que en el baile se hace lo que en ninguna otra parte. Allí comen, brincan, se empujan, chuchuchean, hay broma, fusion, alegría..... eso si, mucha fusion, y luego disfraces, y chistes, y tonterías, que todos parecen vueltos al estado de niñez, ó si quieres al de locura.

— Locura por cierto estraña, período de ridiculez inesplicable, si el crimen no la explicara terriblemente. El hombre no se degrada tan fácilmente de su diguidad sino por un interes

poderoso, y no descende al instinto de los brutos sino para gozar de la libertad de estos. Bajo los trapos de la insensatez se oyen palpar todas las pasiones, por entre las caretas se ven asomar miradas ardientes de lascivia ó sedientas de venganza, y entónces se comprende el enlace entre el desenfreno de corazon y aquel desenfreno de movimientos, entre aquellas traidoras máscaras y aquellas atroces calumnias entre aquella anarquía exterior y la anarquía de sentimientos y deberes.

— Hombre ¿estuviste en el baile? tienes tan presentes las especies!

— No: pero apelo á tí mismo, á cualquiera, y no temo ser desmentido.

Su rostro tenia entónces una expresion extraordinaria. Tienes razon, le dije por cortar, y lo siento, porque por esta vez estoy comprometido. Pónlo en la Palma sin embargo, y á alguno que no tenga aun targeta, quizá le vendrá bien.

Puesto sobre un papel en blanco el título que precede, y meditando sobre las impresiones que el futuro artículo produciria en algun lector, me identifiqué de tal suerte con ellas, que me olvidé de mi persona para encarnarme en la suya: ó por mejor decir este diálogo fué producto de dos individuos que hay en mí, el hombre y el periodista, éste ganoso de popularidad y sujeto á mil consideraciones, aquel obedeciendo solo á su conciencia. La conciencia triunfó esta vez de los respetos del periodista.

J. M. Q.



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.